



OCTUBRE 2017 - N.º 92

Ministri Dei

Servidores de Dios

Avda. Andalucía, 71 - 1.º B
23005 Jaén (España)
Teléfonos:
923 28 66 89
657 401 264

ministridei@hotmail.com
www.ministridei.es

Catena 3, S. L.
D. L. J-388-2009

Bien y Mal

Nos hemos preguntado muchas veces porqué existe el mal. Esta pregunta la vamos a contestar tal y como lo hace el CIC (309).

Dios Todopoderoso tiene cuidado de todas sus criaturas. Él podía haber creado un mundo tan perfecto que no existiera mal alguno. Sin embargo, en su sabiduría y bondad infinitas, quiso crear el mundo en estado de vía hacia su perfección última. Dios permite junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros, junto con lo más perfecto lo menos perfecto, junto con las construcciones de la naturaleza, también las destrucciones. Por tanto, con el bien también existe el mal y así será mientras la creación no haya alcanzado su total perfección.

Las personas deben caminar hacia su destino eterno libremente, pero con el pecado entró en el mundo el mal moral que es peor que el mal físico. Dios no es la causa del mal pero lo permite, respetando la libertad de las criaturas, y tal es su bondad, que sabe sacar del mal un bien (San Agustín). Así ha sucedido con algunas herejías y cismas de la Iglesia, que de ellos han surgido movimientos o devociones que han hecho un grandísimo bien, por ejemplo, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús que nació para combatir en el siglo XVII a los herejes jansenistas.

La mayoría de la gente es buena la mayor parte del tiempo. Sin embargo, en determinadas circunstancias, podemos ser egoístas, despóticos y crueles. Y tal y como la experiencia enseña, estas circunstancias no están lejos de nosotros y se suceden más de lo que quisiéremos.

El bien es aquella manifestación de bondad completamente opuesta al mal. Como bien describimos alguna tarea que lleva un curso favorable. La correcta realización de algo depende de que la ejecución salga de acuerdo al plan establecido, es decir, bien. Proveniente del latín “bene” el bien es una característica positiva de la vida, un término amplio y genérico utilizado para denotar todo lo útil, agradable y bueno, aunque a veces lo utilicemos en circunstancias que no son ni buenas ni positivas.

Cometer un error y no corregirlo es otro error. Si ves a alguien bueno imítalo, si ves a alguien malo examínate. Porque todos en nuestras acciones cometemos alguna vez en nuestro día a día, voluntaria o involuntariamente cosas buenas y cosas malas. Nadie es perfecto al cien por cien.

TRIGO Y CIZAÑA

La parábola en la que Cristo nos habla del trigo y la cizaña no tiene desperdicio, es una parábola que encontramos en el Evangelio de San Mateo, en el capítulo 13. Deberíamos de leerla despacio y meditando lo que leemos, invocando al Espíritu Santo. Porque todos en esta vida tenemos dentro de nosotros trigo y cizaña solo que no siempre sabemos reconocerlos, incluso en la persona que vive una cierta vida espiritual aparecen en su alma la cizaña con el fin de asfixiar al trigo que también lo tiene. Es una lucha constante que debemos sobrellevar cada día, con el fin de no sucumbir a la tentación y que la cizaña no asfixie al trigo que tanto trabajo nos cuesta adquirir.

Dios siempre siembra en nosotros buena semilla y espera recoger buenos frutos. Pero en la sociedad, en todos los colectivos, en todas las personas, el trigo y la cizaña crecen juntos y están hermanados. Además tenemos siempre a nuestro lado al Maligno con la intención de malograr los planes de Dios. Solo al final de nuestra vida Dios separará el trigo de la cizaña y recogerá los frutos que el buen trigo haya dado y se quedará con esos frutos para salvación del alma, desechando la cizaña que con tanto afán el Maligno trató de meternos para contaminar nuestras santas intenciones.

No es malo que tengamos cizaña en nuestra alma, lo malo es dejarnos influenciar por ella o confundirla con el trigo, somos humanos y caemos mil veces, de ahí que debamos estar alerta para evitar esos tropezones que se convierten en cizaña y contaminan el trigo bueno que tengamos. Todo esto lo evita muy bien la vida de oración, porque el Espíritu Santo nos va guiando a través de su luz, de sus dones y de sus frutos para que alcancemos la mayor santidad posible. El peligro es cuando seguimos el juego al Maligno haciendo caso a los toques cizañeros que nos mete en la mente, y por eso, como buenos labradores de nuestra propia alma, debemos saber apartar lo uno de lo otro, y así, tantas veces surjan las tentaciones. Están tan unidas estas dos semillas, que sólo cuando llega la hora de recoger el fruto, queda claro cuál es el trigo y cuál es la cizaña. Pero si en el Evangelio nos encontramos la orden de ¡dejadlos crecer juntos hasta la siega! será porque si

vencemos las batallas que nos trae la cizaña, también nos servirán para santificarnos.

Estamos a lo mejor en oración o en Misa y enseguida nos vienen pensamientos negativos hacia fulanito o fulanita, o hacia el mismo sacerdote que celebre, ahí está la cizaña junto con el trigo de la Santa Comunión y debemos seguir concentrados en el trigo para evitar que en esos momentos venza la cizaña, o lo que es lo mismo, venza el Maligno.

Esto nos va a suceder una y mil veces y una y mil veces debemos luchar por apartar esos pensamientos que mancillan la acción santa que estamos realizando. Es cierto que muchas veces no es solo influencia demoniaca, sino también fruto de nuestra condición humana, pero aun así, debemos concentrarnos en lo bueno que estamos haciendo y pedir ayuda a Dios o a la Santísima Virgen para que aparten de nosotros esa cizaña que se mete junto al trigo de nuestros buenos deseos.

A veces la cizaña que nos viene son ya de cosas pasadas y lejanas que el Maligno nos la presenta como si estuvieran recién recibidas, y por favor, tengamos sentido común para dejar el pasado a la misericordia de Dios y vivir el presente con la gracia del Señor, que desea infinitamente que nos santifiquemos y que seamos fieles a sus inspiraciones. La fidelidad de una gracia trae un sin fin de otras muchas gracias, por eso, no debemos bajar la alerta y tratar de ser dóciles y fieles a lo que nos viene de bueno o de santo.

DESCUBRIR QUE NO SOMOS PERFECTOS NOS HACE HUMILDES.

Ver que en nosotros también hay cizaña junto con el trigo de nuestras buenas disposiciones no nos debe de desanimar. La vida de cada alma es una batalla continua contra el mal, pero no debemos detenernos ante esos pensamientos negativos que nos llegan como pegajosas moscas de verano que nos molestan y que tantas veces tratamos de evitarlas. Muchas almas se quedan raquíticas en la virtud y pierden batallas por entretenerse en esos vanos pensamientos que no nos traen más que pesar y cizaña. Esto también nos hace humildes al descubrir que no sólo no somos perfectos sino que nuestras miserias asoman al ventanal de nuestra alma, tratando de contaminar o de desalentarnos ante esos ratos que tenemos de oración, en la lectura espiritual, en nuestro trabajo o haciendo cualquier otra cosa que queramos santificar y ofrecer a Dios.

De ahí, que el estar alerta debe ser parte del compromiso que nos proponemos para que lo que hacemos sea santo y dé gloria a Dios. No malogremos las gracias del Cielo. Y si en cada instante tenemos que luchar ¡luchemos! Porque nada teme más el demonio que a un alma firme en sus propósitos en la que él no puede tomar parte. Para ahuyentar esas sugerencias



o pensamientos negativos que nos trae el enemigo de las almas, nada más eficaz que invocar o acudir a la Santísima Virgen que ganó todas las batallas en su santa vida, grandes y pequeñas. La Virgen, Madre de las almas puede ayudarnos constantemente. Ella quiere y puede, pero debemos invocarla o acudir a Ella en la seguridad de que no nos desampará. Ella quiere lo que su Hijo quiere y tiene el poder que su divino Hijo le ha dado para ayudar a las almas a no caer en la tentación.

EL VALOR DE CONFESARSE A MENUDO

La confesión no es solo para confesar los pecados mortales, es también muy acertado confesar los pecados veniales y las pequeñas cosas que sin ser pecados a veces ni veniales, son tentaciones que nos invaden para hacernos caer. Lo más insignificante dicho en el confesionario pero que pueda ser “imperfección”, es también un arma muy eficaz para poner a la deriva de cuantas cosas negativas nos vengán. Porque con la confesión se debilitan los pecados veniales y también las imperfecciones, no es que desaparezcan, pero nos predispone mejor a superarlas y a ir distanciándolas cada vez más de nosotros, aunque, no seamos incautos, hasta el último instante de nuestra vida tendremos que librar esta clase de batallas. Pero ahí está la gracia de Dios, porque sin ella no podemos nada.

La cizaña nos habla de la necesaria convivencia del bien y del mal en la sociedad humana y en cada individuo. Todos tenemos los mismos defectos, el mérito es que unos los vencen y otros no. Como todas las parábolas, se trata de un relato completamente inofensivo por sí mismo, pero que, descubriendo la intención del que la relata, puede llevarnos a una reflexión muy seria sobre la manera que tenemos de catalogar a las personas en dos categorías excluyentes: *buenos y malos*. Dios siembra en nosotros buena semilla pero tenemos un enemigo empeñado en que esa semilla no de todo el fruto que debería dar. Las limitaciones que tenemos como criaturas, da razón suficiente para explicar los fallos que en toda vida humana se van manifestando. De ahí, que no debemos juzgar los fallos ajenos, sino rezar por quienes los tienen. El ser humano que aun sin quererlo es egoísta, en cuanto se descuida un poco brota la fuerza que le arrastra en dirección equivocada.

Como en el caso de la cizaña y el trigo, sólo cuando llega la hora de dar fruto queda patente lo que los distingue. La mayoría de las veces el hombre solo descubre lo bueno o lo malo después de innumerables intentos por acertar en su caminar hacia la meta.

Resulta que en contra de toda lógica el propietario ordena a los criados que no arranquen la cizaña, sino que la dejen crecer con el trigo. Esto es lo que debe hacernos pensar. *No la arranquéis, que podríais arrancar también el trigo.* (Mt 13-29). Es decir, que si cuando advertimos que la cizaña la tenemos en nuestros pensamientos o acciones y la superamos haciendo lo contrario de lo que nos sugiere el Maligno a través de ella, esta mala hierba se puede convertir en nosotros en un medio excelente de santificación. Ya hemos dicho



que en cada uno de nosotros coexisten juntos cizaña y trigo. Dejaríamos de ser humanos si anuláramos nuestra posibilidad de fallar o de acertar. El que presume de ser trigo limpio se engaña a sí mismo. Esto es nefasto en orden a alcanzar la perfección.

Hay otro aspecto que debemos tener en cuenta al aplicar la parábola a nosotros mismos. Nadie es fundamentalmente bueno ni malo. Todo ser humano tiene parte de bondad y tiene imperfecciones a lo largo de su existencia. No sólo conviven en cada uno de nosotros el trigo y la cizaña, sino que lo que hay de trigo se puede convertir en cizaña y lo que tenemos de cizaña se puede convertir en trigo. Por mucho que tratemos de impedirlo, la cizaña y el trigo van a seguir creciendo juntos. Esto nos hace humildes, virtud de las que todos nos encontramos muy necesitados.

Si descubres los fallos en los que tropiezas cada día, estarás en condiciones de aceptar a los demás con los suyos. El objetivo del cristiano no es solamente alcanzar la santidad sino aceptar a cada persona como hermanos, con sus fallos y limitaciones, porque la falta de aceptación de las personas con sus fallos, es lo que nos hace detestables como cristianos a los ojos de Dios y lo que nos aleja de Él.

VEAMOS QUE NOS DICE SAN JUAN CRISÓSTOMO OBISPO, EN UNA DE SUS HOMILÍAS

El método del diablo es el de mezclar siempre la verdad con el error, revestido éste con las apariencias y colores de la verdad, de manera que pueda seducir fácilmente a los que se dejan engañar. Por eso, el Señor sólo habla de la cizaña porque esta planta se parece al trigo. Seguidamente indica cómo lo hace para engañar: «mientras la gente dormía». Por ahí se ve el grave peligro que corren los jefes, sobre todo aquellos a quienes les ha sido confiada la guarda del campo; por otra parte, ese peligro no amenaza sólo a los jefes, sino también a los subordinados. Esto mismo nos enseña que el error viene después de la verdad... Cristo nos dice todo esto para enseñarnos a no dormirmos, por eso, la necesidad de la vigilancia. Y también nos dice: «*El que persevere hasta el final, se salvará*» (Mt 10,22).

Considera ahora el celo de los criados: quieren

arrancar la cizaña inmediatamente; es cierto que, aunque les falte reflexión, dan pruebas de su solicitud por la simiente. Sólo buscan una cosa que no es vengarse del que ha sembrado la cizaña sino de salvar la cosecha; por eso quieren echar totalmente el mal del campo. ¿Y qué responde el Maestro? Se lo priva por dos razones: la primera el temor de perjudicar el trigo; la segunda, la certeza de que un castigo inevitable se abatirá sobre los que están afectados de esa enfermedad mortal. Si queremos que se les castigue sin que se perjudique la cosecha, debemos esperar el momento conveniente. Por otra parte ¿es posible que una parte de esa cizaña se convierta en trigo? Si lo arrancáis ahora podéis perjudicar la próxima cosecha arrancando a los que podrían llegar a ser mejores.

EL CRECIMIENTO DEL REINO DE DIOS SEGÚN LA PARÁBOLA EVANGÉLICA DEL TRIGO Y LA CIZAÑA

S.S. San Juan Pablo II en su Audiencia del 25-9-91 nos dice también algo al respecto.

En la parábola del sembrador y la semilla, el crecimiento del Reino de Dios se presenta ciertamente como fruto de la acción del sembrador; pero la siembra produce fruto en relación con el terreno y con las condiciones climáticas: «una ciento, otra sesenta, otra treinta» (Mt 13, 8). El terreno representa la disponibilidad interior de los hombres. Por consiguiente, a juicio de Jesús, también el hombre condiciona el crecimiento del Reino de Dios. La voluntad libre del hombre es responsable de este crecimiento. Por eso Jesús recomienda que todos oren: «Venga tu Reino» (Mt 6, 10; Lc 11, 2). Es una de las primeras peticiones del Pater Noster.

Una de las parábolas que narra Jesús acerca del crecimiento del Reino de Dios en la Tierra, nos permite descubrir con mucho realismo el carácter de lucha que entraña el Reino a causa de la presencia y la acción de un «enemigo» que «siembra cizaña (gramínea) en medio del grano». Dice Jesús que cuando «brotó la hierba y produjo fruto, apareció entonces también la cizaña». Los siervos del amo del campo querían arrancarla, pero éste no se lo permite, «no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo. Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero» (Mt 13, 24-30). Esta parábola explica la coexistencia y, con frecuencia, el entrelazamiento del bien y del mal en el mundo, en nuestra vida

y en la misma historia de la Iglesia. Jesús nos enseña a ver las cosas con realismo cristiano y a afrontar cada problema con claridad de principios, pero también con prudencia y paciencia. Esto supone una visión trascendente de la historia, en la que se sabe que todo pertenece a Dios y que todo resultado final es obra de su Providencia. Como quiera que sea, no se nos oculta aquí el destino final “de dimensión escatológica” de los buenos y los malos; está simbolizado por la recogida del grano en el granero y la quema de la cizaña.

Jesús mismo da la explicación de la parábola del sembrador a petición de sus discípulos (Mt 13, 36-43). En sus palabras se transparenta la dimensión temporal y escatológica del Reino de Dios.

Dice a los suyos: «A vosotros se os ha dado el misterio del Reino de Dios» (Mc 4, 11). Los instruye acerca de este misterio y, al mismo tiempo, con su palabra y su obra «prepara un Reino para ellos, así como el Padre lo preparó para él [el Hijo]» (Lc 22, 29). Esta preparación se lleva a cabo incluso después de su Resurrección. En efecto, leemos en los Hechos de los Apóstoles que «se les apareció durante cuarenta días y les hablaba acerca de lo referente al Reino de Dios» (Hch 1, 3) hasta el día en que «fue elevado al Cielo y se sentó a la diestra de Dios» (Mc 16, 19).

[...] Desde el principio hasta el fin, la existencia de la Iglesia se inscribe en la admirable perspectiva escatológica del Reino de Dios, y su historia se despliega desde el primero hasta el último día.

DEJADLOS CRECER JUNTOS HASTA LA COSECHA

Hay escándalos en la Iglesia, cosas censurables y vergonzosas; ningún católico podrá negarlo, tiene siempre que asumir el reproche y la vergüenza de ser la madre de hijos indignos; tiene hijos que son buenos, y otros que son malos. Dios habría podido instituir una Iglesia que fuera pura; pero predijo que la cizaña sembrada por el enemigo, crecería con el trigo hasta la cosecha, en el fin del mundo. Afirmó que su Iglesia sería semejante a una red de pescador “que recoge peces de todas clases” y que no se escogen hasta el atardecer. (Mt 13,47).

Existe en la historia y en la vida de los católicos, el juego de hechos ampliamente contradictorios... Pero no nos avergonzamos, ni escondemos el rostro entre las manos, al contrario, levantamos nuestras manos y nuestra cara hacia nuestro Redentor.

FIRMAMENTO

